

LAMPEDUSA - Rebelión en el sur del sur (2009)

Una visita fugaz

El bimotor de la compañía Meridiana empezó a sobrevolar la isla de Lampedusa procedente de Palermo. Sentada a la altura de las hélices, Rosanna se asomó a la ventanilla todo lo que pudo para satisfacer su enorme curiosidad. Sus ojos azules registraron con avidez el perfil de los acantilados, las colinas semidesérticas cubiertas de maquis y el verde turquesa de las aguas del Canal de Sicilia. Escudriñó todos y cada uno de los viejos depósitos y almacenes que alcanzaba a ver y salpicaban la isla. ¿Cuál de ellos sería la antigua base de la OTAN, en la que el ministro Maroni pretendía instalar el nuevo Centro de Identificación de Emigrantes que había puesto a la isla en pie de guerra?

Volar en un avión de hélice le excitaba y sus temores habían cedido al comprobar que el aparato era de construcción alemana. “Éstos si que saben”, pensó, y de golpe se encontró en la piel de la heroína de una película en blanco y negro llegando a un destino prometedor de aventuras, y esta sensación le complació.

Aunque Gianna, su hermana mayor, que había logrado un trabajo como bióloga en el consorcio del Área Marina Protegida de las Islas Pelagias, le había invitado un montón de veces a conocer la isla, Rosanna no tenía un interés excesivo en ir hasta un lugar tan pequeño y tan remoto. Eterna estudiante, alternaba la Universidad de Verona –Humanidades y ahora Ciencias Políticas– con cursos de arte dramático y trabajos temporales de la más diversa índole.

Este año, con las manifestaciones contra la nueva ley escolar del Gobierno, estaba resultando uno de los más interesantes que recordaba desde que había iniciado su período de formación, que no tenía trazas de terminar nunca. Ahora, aprovechando unos días de huelga, se dirigía a visitar a su hermana poseída de un súbito interés, y con la secreta esperanza de encontrar un “papel” a su medida, a los que como aspirante a actriz era tan aficionada, en aquel trozo de tierra semidesértica situada más cerca de Túnez que de la misma Italia.

El avión enfiló la pista y se detuvo muy cerca de la terminal tras un aterrizaje suave. Rosanna observó la presencia de varios helicópteros. “Bueno, al menos si te da algo te llevan a Palermo”, y de varios aparatos de la Guardia de Finanza y de la Guardia Civil española adscritos a la Frontex, la agencia europea de vigilancia de fronteras externas. Estaba claro que la isla vivía momentos de tensión.

Los cerca de cuarenta pasajeros que abarrotaban el avión se pusieron de pie; una monja, varios empresarios, algún funcionario, ningún turista –no suele haberlos en Enero– y una pareja joven a la que se veía felicísima con su recién nacido, que transportaban en una canastilla llena de volantes y lacitos de color rosa.

Cinco escalones bastaron para depositar a los pasajeros en el suelo, que en un centenar de pasos llegaron al edificio de la terminal. Los abuelos, los tíos, toda la familia del recién nacido se arremolinaban a su alrededor con alborozo. La mamá bajaba la canastilla a la altura de las niñas para que éstas, puestas de puntillas, pudieran ver al bebé. Rosanna se quedó atrapada mirando la escena. Entonces vio a su hermana acompañada por un hermoso ejemplar del género masculino.

“Bienvenida Rosanna”, “Bienhallada Gianna”. Se abrazaron efusivamente.

–Éste es Ciro, Ciro Caruana. Me ha acompañado en su coche.

–Es un placer Ciro– contestó Rosanna pensando: “No me lo había descrito así la muy bruja. No entiendo el porqué. Bien, ya lo averiguaré.”

–En Lampedusa ya no se puede ni nacer –manifestó Ciro contemplando la escena de los padres felices–. Ea, vamos al coche. ¿Sólo llevas esta bolsa? Dámela. ¿No? Bueno, como quieras. Os llevo a casa.

El coche enfiló la Vía Bonfiglio y varias travesías más adelante Ciro torció por la Vía Roma, la calle principal, y tras un recorrido brevísimo llegaron a la Vía Sbarcatoio que baja al Puerto Viejo donde se detuvieron frente al restaurante “Il Balenottero”, situado a mitad de la pendiente. La visión del mar turquesa y de algunos barcos de pesca anclados en la bahía –que un grupo de casas pintadas de azul claro y granate descolorido cerraba por el lado de levante–, recordó a Rosanna el pueblo de Mahdia donde había ido con su novio unos años atrás en una oferta de 2x1 y que estaba tan sólo a unas setenta millas de distancia, en Túnez.

– ¿Ya estamos? –preguntó–.

–Ya hemos llegado –respondieron Gianna y Ciro al unísono.

–En diez minutos entro de guardia –dijo Ciro a modo de despedida–. Mañana sábado, a las nueve de la mañana hay una concentración en la plaza del Ayuntamiento para discutir que acciones tomar frente a los planes de Maroni de convertir la antigua base Loran en un segundo Centro de Identificación.

–Esto sería una catástrofe desde el punto de vista ecológico –explicó Gianna–. Entre los dos centros se duplicaría la producción de residuos, que tienen que ser sacados por mar y lo que es peor, la producción de aguas fecales arruinaría el medioambiente que estamos intentando proteger.

–Además –intervino Ciro–, la vieja base norteamericana, cerrada en el ochenta y seis tras el ataque de misiles de Libia, no reúne condiciones. La delegada de la ACNUR, inspeccionó hace poco las instalaciones y al salir manifestó no entender nada. “Apenas caben 150 personas, es un lugar improvisado, un refugio de marineros”–, parece que afirmó.

–Ya veo que, como ya existe un Centro de identificación, Maroni tiene la brillante idea de ampliarlo y encima hacer otro y las demás islas están contentas porque ya no les va a tocar a ellas –aseguró Rosanna-. Maroni es un xenófobo que hace gala de un cinismo miserable. Y según los sondeos la gente le apoya, lo que es una muestra de la deriva racista que atraviesa Italia. Una buena estrategia sería la de alertar a los alcaldes de las demás islas sobre el peligro de que se instalen en ellas más centros de este tipo. De esta manera la defensa de Lampedusa será la defensa de sus islas. Pero Maroni no haría estas propuestas si no contase con la complicidad de los poderes locales ¿Qué pasa en el Ayuntamiento?

Ciro la escuchaba sorprendido y fascinado.

–Pasa –contestó–, que todo es una maniobra de la Maravetano. Te explico: Dino De Rubeis, el alcalde, del Partido de las Autonomías, es un ex seminarista y no puedes fiarte nunca de un cura fracasado. Según la Maravetano ahora el alcalde la ha traicionado, porque al principio estaban ambos de acuerdo con Maroni a cambio de sustanciosas compensaciones para la isla, pero después De Rubeis, ha cambiado de opinión y la ha dejado sola. Todo es posible, porque el alcalde lo arregla todo con palmaditas en la espalda y después hace lo que más le conviene.

– ¿Quién es la Maravetano? –preguntó Rosanna.

–Ángela Maravetano es la primera teniente de alcalde. Pertenece a la Liga Norte, el partido de Umberto Bossi que reniega de los paletos del sur. Vio el filón, se afilió al partido -propuso anexionar Lampedusa a Bèrgamo– y salió elegida senadora por la Emilia Romagna con los votos de los lampedusanos emigrados. Prometió hacer muchas cosas, pero ha negociado con Maroni en Roma de espaldas a la isla, y ahora para nosotros está muerta.

–Hasta ahora los medios no se ocupan demasiado de vosotros, y si lo hacen, es más bien en contra. He leído que se ha decretado una huelga general. Lo mejor ahora sería unir sinergias con los clandestinos en una acción espectacular que generase noticia – sugirió Rosanna–.

Ciro había conocido mujeres inteligentes. Sin embargo nunca, hasta hoy, había encontrado una que además fuese guapa. Y es que la hermana de Gianna estaba sugiriendo más o menos lo mismo que su grupo de activistas locales había planeado para los próximos días.

–Nos veremos en “Il Balenottero” mañana por la mañana a las nueve, por si quieres venir a la manifestación. Le comentaré a

Salvatore lo de buscar la complicidad de los alcaldes de las demás islas, pero ahora, y lo siento, entro de guardia. Tengo que irme, hablaremos. Y se fue a toda velocidad.

Mientras las dos hermanas subían la escalera del apartamento, Rosanna no tenía claro si era el uniforme verde oscuro de “vigilante del fuego” o era el contraste entre el rostro bronceado y las canas prematuras lo que le atraía de forma tan irresistible hacia el amigo de Gianna.” Quizá son las dos cosas” pensó.

–Déjalo Gianna, no pesa nada, te lo juro–, suplicó forcejeando con su hermana por el control de la bolsa del equipaje.

Gianna abrió la puerta del apartamento que tenía alquilado al dueño del restaurante, Giovambattista Maggiore, cuñado de Ciro. En la habitación de invitados la cama estaba hecha. Rosanna preguntó a su hermana, mientras sacaba la muda de la bolsa y la colocaba encima:

–Ciro no es cómo me lo habías descrito. ¿Qué tiene que no te gusta?

–Si me gusta, lo que pasa es que está casado, aunque él se proclama separado. Su mujer es suiza y lleva el restaurante “Barbarossa”. Él y yo somos amigos y basta, los dos tenemos problemas y nos gusta hablar de ellos. Pero aquí sales un día con uno y todo el mundo piensa que estáis ligados. Bueno, es lo que hay. Además, ¿Me imaginas a mí con un bombero, y lo que es peor, viviendo en una isla de veinte kilómetros cuadrados?

–Lampedusa es el sitio más aburrido del mundo –añadió–. Me gusta mi trabajo en el AMP pero en diez meses, cuando se acabe el contrato, me largo otra vez a Verona. Ya saldrá algo. No soportaría más tiempo aquí. Y a ti, ¿Te gusta Ciro?

–Nooo!, repuso Rosanna con voz firme, negando con la cabeza y desviando la mirada.

La isla de los desembarcos

Las hermanas Menarini siguieron hablando de sus cosas hasta que el gusanito del hambre empezó a hacer acto de presencia. Entonces decidieron bajar al restaurante. En Sicilia se cena muy pronto, a las siete y media en invierno.

Giovambattista Maggiore, dueño de “Il Balenottero”, estaba sentado frente al gran televisor que presidía el

local viendo un partido de fútbol vía satélite. Rosanna odiaba el fútbol, pero comprendía que para muchas personas es una buena manera de romper la rutina permanente en que viven instaladas. Así que, aunque ardía en deseos de coser a preguntas a Maggiore, esperó. Eran los dos únicos clientes. Los llamativos manteles dispuestos en las mesas sin comensales acentuaban la soledad del local fuera de temporada.

En una gran mesa redonda, entre la barra del bar y la escalera que baja a la cocina, estaban sentadas la mujer del dueño y sus hijas, dos chicas guapas como su madre. La más joven se acercó a pedirles la bebida. Al cabo de un rato también lo hizo Maggiore.

—Ésta es la hermana de Gianna—, informó a su mujer, que saludó con una sonrisa curiosa y reservada. Y al ver que estaban examinando la carta preguntó: “¿Qué vais a comer? Os diré lo que hay”. Eligieron un plato de macarrones con sardinas, piñones, hinojo y pasas. Las hijas de Maggiore iban y venían con el servicio.

—¿No tienes miedo al avión?— preguntó Rosanna a la mayor al observar que estaba embarazada.

—Un poco, pero lo mejor es no pensar en ello, porque la semana próxima tengo que ir a Palermo a revisión— contestó la joven, bajo la mirada atenta de su madre y de su hermana menor, una morena de cabello largo y rizado que se parecía mucho a su tío.

Al llegar a la media parte del partido, Battista abandonó la tele, se acercó a la mesa y preguntó a Gianna:

—¿Podrás venir a la manifestación? La de mañana será gorda, hemos corrido la voz en el CPA y los internos quieren unirse a nosotros. Si deciden hacerlo, nadie les detendrá.

—Lo siento, pero mañana por la mañana no puedo, porque en el AMP no hacemos huelga—repuso Gianna—, pero mi hermana irá encantada. Precisamente estas son la clase de cosas que más le gustan.

Rosanna lanzó una mirada de rabia a su hermana y dirigiéndose a Maggiore puntualizó:

— Bueno, claro que os apoyaré, pero que conste que estoy en contra de rechazar a los desesperados cuando llaman a nuestra puerta.

—Nunca les hemos cerrado la puerta—repuso Maggiore convencido—, pero Lampedusa no puede cargar con todo el peso. Esta isla es la más meridional de Italia y merecería ser tratada como una joya por parte del Gobierno. Pues, no señor, está dejada de la mano de Dios. Impuestos sí que pagamos, pero el dinero no llega, mejor dicho, no vuelve, porque se pierde por el camino.

—La temporada es muy corta—añadió—, llevamos años recibiendo emigrantes y ahora los medios de comunicación nos han dado el nombre de “isla de los desembarcos”.

Rosanna, que no tenía pelos en la lengua, se envalentonó.

—Lo que pasa es que quizá sois unos racistas y no os habéis enterado— dijo medio en serio y medio en broma.

—No somos racistas para nada—repuso el dueño del restaurante—. El año pasado una barca de cinco metros, que transportaba una decena de emigrantes, vino a parar aquí delante en el Puerto Viejo, y los vecinos les socorrimos y llevamos agua, comida y ropa hasta que llegaron los de la Guardia de Costas.

>Aquí todos somos gente sencilla. En la guerra, cuando Mussolini proclamó que Lampedusa era inexpugnable, la isla fue arrasada por los bombardeos americanos. No quedó casi nadie. Después llegó gente pobre de Sicilia y de otras islas como los padres de mi mujer, que procedían de Strómboli y como mi padre, Antonino —añadió Battista señalando una foto en color colgada en la pared—, que nació en Ústica y fue pescador toda su vida.

—¿Está vivo?—preguntó Rosanna observando la fotografía.

—No, murió el año pasado.

—Somos un pueblo de emigrantes—explicó—. Yo he servido en varios mercantes y estuve mucho tiempo como jefe de máquinas en los Cruceros Costa. Hace ocho años que monté este restaurante con todos mis ahorros y ahora no quiero que Lampedusa tenga la fama de ser una cárcel al aire libre, el turismo se espante y mi familia se quede sin nada. El año pasado, de los 36.000 llegados a las costas de Italia, 31.000 lo hicieron por Lampedusa. ¡Y no pueden quedarse todos aquí!

—Veo que tenéis miedo y este miedo no tiene en cuenta la desesperación de los que veis como invasores.

Maggiore escuchaba atentamente y en seguida declaró, sin inmutarse:

—Llámale miedo si quieres, me da lo mismo Rosanna. ¿Te llamas Rosanna, no? Se puede, por caridad cristiana, simpatizar con aquellos que han hecho miles de kilómetros para tener una vida mejor, pero es insensato pretender que nos hagamos cargo de todos los que llegan a la isla.

Rosanna asintió con la cabeza, pero tenía una duda más:

—Es prácticamente imposible distinguir al exilado político, al que hay que acoger de todas maneras, del emigrante económico.

A lo que repuso Maggiore, convencido:

—Los emigrantes económicos tiran los papeles al mar cuando se acercan a la costa y los exilados políticos llevan siempre sus papeles encima. Mira si es fácil distinguirlos. El verdadero problema es que el CPA tiene capacidad para 800 inmigrantes y desde hace días lo comparten más de 2.000 personas. Y la cifra va en aumento. De hecho, es tan difícil ahora alcanzar la isla como abandonarla. Las barcas no paran de llegar y

la solución de Maroni es abrir otro centro. La semana pasada todas las mujeres fueron trasladadas a la antigua base de la OTAN que se quiere convertir en centro de internamiento permanente. Esto es lo que la Maravetana ha pactado en Roma de espaldas a los lampedusanos.

Rosanna quiso saber más sobre Ángela Maravetana.

– ¿Y cómo es? –preguntó.

–Es la persona que gana más dinero de la isla, –contestó Maggiore– 20 mil euros brutos al mes, que quedan en unos 15 mil netos. Y es una analfabeta y una inculta, que nunca pasó de quinto de elemental. Ahora no tendrá ni un voto más. Es una traidora.

–Si, pero ¿Cómo es físicamente? quiso saber Rosanna. –Bueno, es delgada, de media edad, entre 40 y 50 años. – ¿Morena? –Claro, es “mora”. Pero teñida, de un castaño sucio. – ¿Qué quieres decir con “mora”. – Que puesta en Túnez pasaría desapercibida. Entonces, Rosanna decidió que no era rival.

Los chicos salen a tomar una cerveza

Al día siguiente por la mañana, Rosanna se ajustó los pantalones negros y la cazadora de cuero delante del espejo, se recogió las madejas pelirrojas en un moño y, recordando el viejo refrán de que “el sol de enero rompe la cabeza de los asnos”, añadió a su atavío una gorra de color verde, porque estaba en África y era el mes de Enero, y además, le favorecía.

De la cocina salía un reconfortante olor a panecillos que su hermana estaba calentando. Desayunaron juntas y mientras Gianna iba a trabajar, Rosanna buscó a Ciro en “Il Balenottero”. Ya eran más de las nueve y no le encontró, pero la mujer de Maggiore le indicó el camino a la plaza del Ayuntamiento.

Al llegar a la plaza vio que el grupo allí reunido fue creciendo hasta alcanzar en menos de una hora la total población de la isla, convocada para decidir las próximas acciones contra el ministro del Interior. Al poco rato empezó el sermón. Era Dino De Rubeis, el alcalde, un tipo de casi dos metros, con perilla, con un discurso mezcla de político, religioso y sentimental, inevitablemente demagógico, quien se dirigía mediante un megáfono a la multitud desde una tarima colocada frente al Ayuntamiento.

– El presidente de Sicilia no ha querido venir porque tiene miedo al avión de hélices -empezó diciendo–, el mismo que usamos nosotros. Vendrá mañana en un avión oficial, un reactor.

Se oyó un abucheo.

–También lo harán durante la semana los alcaldes de Lipari, Pantellaria, Strómboli, Favignano y Ustica, a los que llamé ayer noche y han decidido apoyarnos, anunció con entusiasmo.

Aplausos.

– Lampedusa no se va a convertir en una cárcel a cielo abierto ni aceptará ser un campo de concentración para inmigrantes. ¡No nos venderemos por un plato de lentejas! –prometió a los asistentes, alzando la voz.

Gritos de entusiasmo y más aplausos.

–Es indispensable que Su Santidad Benedicto XVI diga algo al respecto porque ahora ya estamos frente a una situación de emergencia humanitaria–, reclamó Stefano Nastasi, el párroco de la isla, un hombre mas bien bajo, barrigón y decididor situado en la plataforma al lado de De Rubeis, del que fue compañero de seminario.

El alcalde continuaba informando sobre las acciones legales emprendidas por el Ayuntamiento.

– Lampedusa va a denunciar al ministro del Interior ante la fiscalía de Agrigento por retener ilegalmente a inmigrantes en el CPA, en el que algunos llevan 45 días o más en lugar de las 48 horas permitidas. ¡Quiéren que seamos el Alcatraz de Italia y se equivocan, porque no lo consentiremos!

Entonces alguien puso música tunecina para animar el ambiente y la multitud abrió paso a un grupo que estaba a punto de irrumpir en la plaza del Ayuntamiento. Rosanna se puso de puntillas para ver de donde procede la algarabía.

– ¡Libertad, libertad!–. El clamor llegaba de la vía Roma y cada vez se oía con más fuerza, altísimo, hasta llenar la plaza y las calles adyacentes. Rosanna, acostumbrada a situaciones parecidas, calculó que eran ochocientos, tal vez más.

– ¡Son los clandestinos!–, exclamó Pasqualino Pucillo, que llevaba una cruz hecha con madera de pateras desguzadas y fragmentos del Antiguo Testamento escritos a mano y cuya sonrisa sin dientes estaba impresa en un rostro leñoso. La misma cruz que años más tarde compraría el British Museum para sus colecciones.

–Se han escapado todos–, le hizo eco una mujer viendo la avalancha.

La riada humana atravesó la calle. Se movían compactos. Se dirigieron hacia la plaza principal, se dispersaron por las calles de alrededor gritando:

– ¡Basta de Guantánamo, basta de espaguetis!

Miraban a su alrededor con cara de turistas despistados. Uno preguntó:

– ¿Pero Lampedusa es una isla? ¿A cuánto está de Italia? Otro quiso saber: – ¿Cuándo nos trasladan al continente?

Así, los clandestinos se unieron a la asamblea. Pedían que se les tradujesen las pancartas colgadas en la

fachada del Ayuntamiento: eslóganes contra Maroni, contra Mario Morcone, gobernador general para la inmigración, contra la senadora Angela Maravetano, cómplice de Maroni, traidora de la isla.

De pronto, Rosanna aperece a Ciro, vestido de paisano, que subido al monumento del centro de la plaza gritaba:

– Amigos, nuestra lucha es la vuestra! ¡Nuestro enemigo es el mismo: el estado asesino!

Rosanna dió un respingo al oírle. “Ésto son dos cojones”, pensó.

Salvatore Cappello, el dueño del restaurante “La Gambusa”, que va a veces a Túnez con su yate y sabía algo de árabe, tradujo las palabras de Ciro.

Acto seguido, estalló un aplauso ensordecedor.

Rosanna preguntó en francés a un chico que la observaba atentamente:

– ¿Y tu qué miras? ¿Por qué os habéis escapado?

– Porque no podemos seguir viviendo de esta manera. Estamos hacinados. Nuestra habitación apesta, Los baños son horribles, no se puede respirar. Yo quería ir a Francia, donde vive mi padre, y llevo ya 24 días en este Centro.

En estas vio a Ciro que se le acercaba y le preguntó a su vez: – ¿Quién os ha abierto la puerta?

– Los mismos guardias señor, la policía, que temía una avalancha -contestó el chico.

– ¡Queremos irnos, queremos que nos trasladen a Italia!-, gritaban algunos, la mayoría tunecinos, que sospechaban que el Ministerio del Interior les quería repatriar. No iban desencaminados, porque anteayer se reactivaron puentes aéreos hacia centros de acogida desperdigados por todo el territorio italiano. Marcharon más de 500, pero ninguno era tunecino.

– Bravo- le dijo Ciro a Rosanna-, no podía haber salido mejor. Si no hubieran abierto ellos la verja lo habríamos tenido que hacer nosotros. Esta complicidad une nuestras peticiones con las suyas: pronto empezarán los traslados hacia otros centros de acogida en el continente. Me juego lo que quieras.

Bernardino De Rubeis, temiendo que la situación pueda írsele de las manos, les exhortó a que regresasen al Centro.

– ¡Es el único modo que tenéis para que os manden a Italia! Cappello unió su voz a la del alcalde

– ¡Estamos de vuestro lado, pero tenéis que volver al Centro! De lo contrario, no sabemos qué puede pasar!

Los tunecinos no sabían bien qué hacer. Se quedaron en la plaza escuchando, gozando de un rato de libertad, disfrutando de un sol cómplice que volvía a resplandecer en la isla.

Ellos, “los chicos” que han escapado, no sabían bien a que atenerse. Preguntaban que había que hacer para que los familiares les mandasen dinero. Decían que no querían volver al Centro.

Salvatore Cappello cogió el megáfono y expresó a los extranjeros su solidaridad y la de la población de Lampedusa.

– ¡Os garantizo que os llevarán a Italia en uno o dos días!

Entonces Ciro Caruana le pidió el megáfono. Rosanna también lo reclamó, pero Ciro le dijo:

– No Rosanna, no estamos en Verona, éstos no soportan que una mujer les de órdenes. Déjame a mí.

– ¡Basta de “pasta”, hoy se come cuscús! Vale, ahora vamos a volver al Centro –ordenó Ciro, dirigiéndose a la multitud.

En pocos minutos un grupo numeroso se reunió para emprender el regreso hacia el CPA. Los inmigrantes cruzaron de nuevo el pueblo en sentido contrario gritando otra vez “Libertad, libertad”. Cappello, Ciro, Rosanna y otros lampedusanos les acompañaban. Los carabinieri los dejaron pasar mientras los antidisturbios se apartaban.

El desfile se dirigió hacia el barrio Imbriacole, donde está el Centro de Identificación y Expulsión, a un kilómetro de distancia. Era impresionante ver la estrecha carretera llena de gente que se desbordaba por las orillas. Al cabo de veinte minutos, el grupo llegó hasta la puerta del Centro. Algunos entraron, otros dudaban. No querían ir más allá si los carabinieri no dejaban que Cappello, Ciro y algunos más, entrasen. Éstos intentaron atravesar la puerta, pero los funcionarios del Ministerio del Interior se lo impidieron. Entre las fuerzas del orden y los manifestantes crecía la tensión.

– ¡Sois peores que la policía libia-, les soltó Rosanna, que sabe cómo se las gastan-. ¡Con patadas a la espinilla, no es extraño que no se fien!

– ¡La próxima vez los vais a ir a buscar vosotros!, les gritó Cappello.

Los “ilegales” insultaban a la policía: “bastardos, cornudos, libertad”. Asaltaron y golpearon una ambulancia que iba deprisa y quería abrirse paso entre la muchedumbre. Se empezaron a ver porrazos y a oír insultos entre carabinieri y manifestantes. Luego, poco a poco amainó la bronca y se recobró la calma; una calma aparente: tanto los lampedusanos como los inmigrantes habían decretado una tregua, a la espera de comprobar si el Ministerio del Interior preparaba el puente aéreo o si haría falta volver a la acción.

Mientras tanto, el pueblo se quedó apagado. Las tiendas seguían cerradas, en parte por la huelga general, en parte porque “con todos estos clandestinos rondando por ahí, nunca se sabe”. En esta situación de caos,

cundían rumores de inmigrantes borrachos, intentos de suicidio, robos.

Se extendió una especie de psicosis que sin embargo no afectaba a la solidaridad de los autóctonos hacia los clandestinos. Los inmigrantes volvieron al CPA. Por la noche casi todos estaban de vuelta. Pero era un regreso temporal. Mañana será otro día y si el gobierno no cedía, si no se decidía a trasladar a los inmigrantes a otros centros en el continente, si no daba marcha atrás sobre el nuevo CPA, la mecha volvería a encenderse sin remedio.

Ciro y Rosanna estaban sudorosos y exhaustos. No habían comido nada en todo el día y ya eran cerca de las tres. Por las calles todavía se veían grupitos de magrebíes y subsaharianos. Ellos se dirigieron andando a casa de un compañero, que estaba de servicio. Se cruzaron con un autobús de la Guardia de Finanza que patrullaba buscando fugitivos. Cada vez que daban con uno, el conductor silbaba y lo invitaba a subir.

Al llegar a la casa, Ciro sacó dos tónicas de la nevera, abrió una alacena, y tras un rato de búsqueda infructuosa encontró una botella de ginebra. Preparó un par de gintonics, que bebieron de un trago. “¿Tomamos otro?” “Vale, de acuerdo”.

Se desnudó para meterse en la ducha y la chica le siguió detrás. El chorro de agua caliente resbaló por su piel bronceada y saltó sobre la de Rosanna, blanca como el nácar de una concha, pegándole los cabellos pelirrojos a la cara sin hacerle perder nada de su belleza.

Ciro recorrió el cuerpo de la chica mientras la besaba y le enjabonaba el cabello. Le recorrió el cuello, los hombros, la cintura, las caderas, hasta llegar al vello púbico, que también era rubio rojizo. Antes de que pudiera abrir la boca oyó a la chica decir con coquetería:

–Son raros.

La empujó contra la pared de la ducha y la penetró lentamente, manteniendo la erección mientras ella cruzaba las piernas sobre su espalda y se esforzaba por contener los gritos de placer sin conseguirlo.

– ¡Me gusta de morir!– exclamó, invocando repetidamente a Dios, mientras Ciro lo hacía a la Madonna. A pesar de que estuvieron bastante rato solicitando la presencia divina, nadie acudió para atender a sus llamadas.

Cuando por fin, unas horas más tarde, fue capaz de abrir los ojos, ya había oscurecido. Se levantó para ir al lavabo y buscó el móvil en la mochila. Marcó el número de Gianna y dejó el mensaje: “No me esperes a dormir esta noche, estoy detenida y no me soltarán hasta el amanecer. Estoy bien. Hasta mañana”. Después, apagó el teléfono.

A su lado Ciro dormía profundamente. Al oírla se despertó. Vio que ella se había cubierto con un albornoz de hombre que había encontrado en el lavabo y sentados el uno frente al otro tras saquear a conciencia la nevera, le confesó:

–Te he traído a casa de este amigo porque en el domusso de la cala Croze no hay electricidad, sólo una chimenea.

–Lástima, me hubiese gustado hacer el amor contigo contemplando los troncos encendidos.

–A mi también, pero entro de guardia a las seis y no iba a dejarte todo el día sola en una playa desierta.

–Menos mal, porque el avión sale a las cuatro.

Ciro hizo ver como que no la oía, se tumbó en la cama, dándose la vuelta hacia el otro lado. Abrazada a él, Rosanna se hundió en un dulce sueño.

El día después, en el último rincón de Italia

Al día siguiente, al amanecer, cuando Rosanna se despertó, Ciro había desaparecido. Pensó que todo había sido un sueño si no fuese porque tenía el cuerpo como si lo hubiesen machacado con un calcetín lleno de arena. Encima de la mesa, unas galletas, un café con leche completamente frío y una nota: “Te dejo el número del móvil. Lláname”.

Al instante, sonó el teléfono. Pensó que era él, pero no, era Gianna.

–Estás loca, ya te dije que está casado. Su mujer no lo soltará. Es suiza alemana, un cabo de varas. Acuérdate de lo que me pasó a mí con Mario. ¿Dónde está ahora? Me ha dicho Maggiore que ha habido un conato de incendio en el CPA.

–Voy a ir allí, de todas formas quiero ver que pasa en el Centro. Y no te preocupes por mí, esta tarde ya me voy. Ya te llamaré si necesito algo. ¿vale? Chao, gracias Gianna.

No le costó encontrar la vía Roma para tomar el camino a Imbriacole. Se detuvo ante la AMP, el consorcio donde trabajaba su hermana. Entró en la sala, llena de fotografías de tortugas, delfines y peces de colores. No había nadie, llamó y al cabo de un momento salió un hombre en mangas de camisa que le preguntó qué deseaba.

Se presentó como la hermana de Gianna. El empleado la reconoció. –Te vi ayer en la plaza. ¿Has visto la tele esta mañana? Rosanna negó con la cabeza.

–Mira que son cabrones, tanto Maroni como Berlusconi se han permitido hacer chistes sobre lo de ayer.

Dicen que “salieron a tomar una cerveza”. Don Stefano ha replicado a los medios que él les invitaba personalmente a tomar una cerveza para que vieran la situación de hacinamiento de los “ilegales”. Además, ha invitado también al Papa a “decir un par de cosas sobre inmigración”.

Hoy –prosiguió el empleado–, continúa la huelga general y una veintena de inmigrantes ya están en huelga de hambre. Un grupo de los que todavía no han sido detenidos acaban de cortar la carretera principal para pedir que no se les repatrie.

– ¿Dónde puedo comprar un periódico? –preguntó la chica.

–No hay periódicos hasta la tarde. De todas maneras la RAI ya ha definido lo de ayer como “La Fuga de Lampedusa”.

Era casi mediodía y Rosanna abrió el móvil que sonaba. Esta vez era Ciro. Estaba a punto de salir de guardia y pasaría a buscarla enseguida. A los cinco minutos ya estaba su Fiat Panda azul celeste aparcado delante de la puerta. Rosanna subió y salieron despedidos hacia el Puerto Nuevo.

Ciro aparcó detrás de un viejo almacén en una zona apartada y se besaron apasionadamente. Después colocaron los asientos de la manera menos incómoda para hacer el amor.

–Tengo un hijo de cuatro años. Se llama Mauro –le dijo Ciro–. Es lo que más quiero en el mundo. Moriría por él.

–Yo vivo hace más de diez años con Francesco. Trabaja como grafista. A él le sale publicidad y pequeños papeles pero a mi no. No tenemos hijos y me gusta vivir en Verona. El vuelo de vuelta es esta tarde a las cuatro.

Ciro guardó silencio, después le contó:

–Ayer noche prendieron fuego a los barracones del Centro. He hecho toda la guardia allí. En el patio hay una cantina para los guardias y los setenta vecinos que trabajan allí. Un tunecino ha pedido un café esta mañana y se lo han negado a pesar de llevar el dinero en la mano. Lo he pedido yo y se lo he pasado. Y no te cuento como les tratan. Lo de la policía es puro racismo.

>Éste es el último rincón de Italia, Rosanna, y si el Sur está olvidado por el Estado, éste es el sur del Sur. Hay que estar aquí en invierno para comprenderlo. El abastecimiento depende de un barco que emplea ocho horas desde Sicilia. Esta semana no ha llegado en siete días, por el mal tiempo. La escuela lleva dos semanas cerrada tras caerse un trozo de techo. Vivir en Lampedusa es un drama real. Y luego creen que tenemos perder la reputación de paraíso turístico. ¡Anda ya!

Se acercaban la hora del embarque. Ciro acompañó a Rosanna a despedirse de su hermana y de Battista Maggiore. Los cuatro se dirigieron en dos coches hacia el aeropuerto y se detuvieron antes en un bar con una gran terraza al sol del mediodía, lleno de fotografías de soldados con el uniforme de las fuerzas aéreas

–Queremos medir el tiempo como si se tratase de espacio, pero esto es un error –le dijo a Rosanna mientras tomaban una porción de pizza y un cortado–. El tiempo no tiene forma física, es una convención humana. Claro que existen el día y la noche, los meses y las estaciones, pero hay días en que el tiempo se detiene para que

parezcan eternos, y éste es uno de ellos. Partir siempre es morir un poco, pero en estos momentos desearía que ya te hubieses ido.

Al oírle, Rosanna pensó que se escuchaba a sí misma.

¿Qué significa “Il Balenottero”?

Cuando Ciro llegó a su casa era otra persona. No iba a ver a Rosanna nunca más y esto no le importaba. Lo que de verdad le angustiaba era continuar su vida con una mujer con la que no tenía apenas nada en común. Necesitaba estar solo, así que aquella misma noche se trasladó con lo puesto a un pequeño dammuso, la tradicional casa árabe abovedada, que había arreglado en la cala Croze y que utilizaba como refugio de pesca y para hacer comidas con los amigos y se instaló allí. Al desnudarse, vació los bolsillos del pantalón y encontró varias servilletas de papel con las huellas de un beso estampadas en rojo encendido.

Pasó unos días entre el refugio y las guardias: doce horas en el aeropuerto, y seis en el CPA. Al cabo de unos días, una tarde estaba absorto frente a la chimenea cuando su mujer llamó a la puerta. Los hombres necesitan a veces aislarse para pensar, pero una mujer sabe cuando la cosa va en serio.

– ¿Hay otra?– le preguntó. Y él contestó afirmativamente.

Su mujer intentó abrazarle, pero él no necesitaba su compasión. Ya era demasiado tarde. Al sentirse rechazada, la reacción no fue en absoluto amable. La habitual reputación de la gente del Norte para resolver educadamente casos como éste no funcionó esta vez, porque Heidrun llevaba demasiados años en Lampedusa y se le habían pegado los modos y las formas del ardiente y celoso sur.

– ¡Vete y no vuelvas nunca más! –le ordenó.

Ciro no esperó más para llamar a Rosanna, que le aseguró que había dejado a su compañero y vivía provisionalmente en casa de su madre. Se dirigió al aeropuerto y compró un billete para Palermo. Al día

siguiente se embarcó en el avión que volaba hacia Verona.

Ciro y Rosanna disfrutaron de una semana de vino y rosas en un apartamento prestado por un amigo de Rosanna que tenía piscina en el sótano. Era cierto que la chica ahora estaba sola. Le presentó a su madre, viuda de un arquitecto, que vivía de alquileres sin demasiados problemas. La unión entre los dos era cada día más estrecha. Sólo estaban separados en las horas en que ella trabajaba.

– ¿Qué quiere decir “Il Balenottero”? –le preguntó un día– mientras paseaban por el centro histórico de Verona.

–En una época del año, a mitades de Marzo, pasan frente a las costas de Lampedusa unas ballenas migratorias, una especie de cachalotes. “Il balenottero” sería el hombre que las avistaba – respondió Giro.

–Esto de avistar animales puede ser interesante como negocio. Maggiore te aprecia mucho y desde que murió su padre, la barca está en dique seco. Se la podríamos alquilar. Además en el dommuso de cala Croze podríamos hacer barbacoas de pescado y los buceadores estarían encantados, sobre todo los alemanes. Dice mi madre que no me haga ilusiones, que ahora estoy en una presión sexual y estas cosas terminan tarde o temprano, pero yo estoy harta de tanta precariedad laboral y no veo otra manera de vivir que hacerlo a tu lado. De todos modos ahora he de cumplir con un trabajo concertado y después volaré hacia ti. Será a primeros de Mayo, en primavera.

La caricia de África en la piel

Ciro había perdido el puesto de vigilante del fuego por ausentarse sin avisar. En los tres meses que transcurrieron desde su escapada a Verona, algunas cosas habían cambiado en la isla.

El “Barbarossa”, que por razones fiscales ya estaba a nombre de su mujer, pasó “de facto” a ser de su entera propiedad y las visitas a Mauro fueron brutalmente restringidas. Giro pasaba los días ayudando a un amigo que tenía una pequeña dársena, donde carenaban y pintaban barcas de pesca y de recreo. Trabajo no le faltaba. Los meses transcurrían despacio y cada día leía el e-mail que recibía de Rosanna y le mandaba el suyo desde el Hotel Vega,

propiedad de la familia Bartolo, amigos de toda la vida. Nunca olvidaba la sensación maravillosa que experimentó aquel día al irse de casa con lo puesto, y aquel torbellino de libertad continuaba muy presente en él.

Todo el mundo sabía en Lampedusa que, cuando a Gadafi le diese la gana, dejarían de partir barcos de Libia. Ahora se acababa de firmar el tratado gracias a una cláusula alucinante por la que Italia regalaba a Libia 5.000 millones, 250 millones al año, como indemnización por la época colonial. En la isla no se hablaba de otra cosa.

La derecha se frotaba las manos mientras las críticas aumentaban. Empezaron por la oposición, después algunos obispos, mas tarde por el Osservatore romano –no el Vaticano de manera oficial–, después el Alto Comisariado de la ONU para refugiados y el Comisariado del Consejo Europeo (Estrasburgo) para derechos humanos. Berlusconi justificaba su posición con un “¿La Italia multiétnica? Y un cuerno”, dentro de su habitual estilo de tele tienda.

Ciro había ido a escribir su e-mail diario a Rosanna al Hotel Vega y comentó las últimas noticias con “Paolo”, un tunecino que en realidad no se llama así, pero para evitar problemas fonéticos había adoptado este seudónimo. Su verdadero nombre era Al Mansour, que significa “el vencedor” y por cosas de la vida era el único de sus hermanos que no se dedicaba al tráfico de clandestinos, pero, como es natural, sabía mucho de estas cosas.

Al Mansour trabajaba en el Hotel Vega seis meses al año, tres cobraba el paro y los tres restantes iba a Soussa con su mujer y dos hijas, de las que estaba muy satisfecho porque habían cursado, como él hizo en su día, estudios mercantiles en Túnez. Con semejante plan de vida no era de extrañar que no encontrase nunca el dinero para pagarse una dentadura.

–Quinientos ilegales atrapados en aguas libias y retornados a Trípoli. Dos mil más interceptados en tierra y miles en las playas de Al Zwara, Berlusconi se ha salido con la suya, ya tiene las “europeas” de Junio en el bolsillo–, informó Giro a Al Mansour mientras señalaba los titulares de “La Sicilia”.

–Esto favorece a la isla, pero no solucionará nada –aseguró Al Mansour–. Si la línea del gobierno italiano se endurece, se abrirán otras rutas. ¿No ves que algo ha cambiado ya? Mi hermano Driss iba y venía de un lado a otro del Mediterráneo. Hoy todavía salen pateras de Túnez, pero ahora la mayoría lo hacen de Libia. Son miles de llamadas desde móviles las que propagan la noticia: “No hay trabajo en Europa”. Pero cuando esto pase, qué algún día ha de pasar, la presión volverá a aumentar. Las rutas se desplazarán más al Este en dirección a Egipto y llegarán hasta Turquía de donde es fácil pasar a Grecia para subir hasta Alemania. Son miles y miles los que pretenden llegar a Europa. Algunos llevan años esperando, han estado en prisiones, sufriendo torturas y violencia, trabajando como esclavos para ciudadanos libios que decidirán cuando salen en una barcaza hacia Italia. Están desesperados y ningún gobierno les parará.

En el e-mail de hoy Rosanna le comenta la reacción de Roberto Saviano sobre el proyecto para ilegalizar a los clandestinos que el Gobierno ha presentado al Parlamento.

–Cuánta razón tiene Saviano, fijate –le escribe Rosanna–. Dice: “la población africana ha inyectado en el tejido del sur de Italia unos anticuerpos esenciales para hacer frente a la mafia, anticuerpos de los que los italianos parecen carecer”. Y cuando dice: “Cuándo menos protegidas por el Estado están las comunidades de emigrantes, más se encuentran a merced de las mafias”. Al ilegalizarlos se les echa en sus brazos. Buenas noches mi amor. Ya sólo me faltan tres días para ir a Lampedusa contigo. Tu Rosanna.

Y llegó el día. Ciro y Gianna esperaban la llegada del avión en la terminal. Rosanna se presentó con cuatro maletas que a duras penas entraron en el Fiat Panda. Con el ánimo emocionado la pareja se desplazó hacia el pequeño dommo que Rosanna aún no conocía. Las maletas quedaron en el recibidor. “Otra cosa será encontrar sitio donde ponerlas. Bueno, esto ya se verá más adelante” pensó Ciro. Mientras preparaba la mesa en el patio para servir la comida, ella se echó en una hamaca para disfrutar de los ardientes rayos del sol de primavera, abriendo las piernas para sentir mejor la caricia de África. Ciro le hizo unas cuantas fotos para las que ella “posó” complacida y feliz.

Cuando empezaban a comer, a Ciro le pareció oír un ruido, como si unas piedras golpearan los cristales de la única ventana del refugio. Salió y vio un coche desconocido que arrancaba en dirección al pueblo. Al cabo de un rato sonó el teléfono.

– ¡Pronto!, –anunció una voz masculina con aire de circunstancias– ¿Es el señor Caruana?

–Sí, soy yo –contestó sorprendido– ¿Qué ocurre?

–Le llamo del Hospital General de Palermo, –continuó la voz–. Su padre ha sufrido una embolia y ha ingresado esta mañana. Su estado es grave. Le sugiero que acuda inmediatamente.

Se pusieron en marcha en cuestión de minutos. Pudieron coger el último avión de la tarde y llegaron al aeropuerto Falcone-Borsellino, de donde sale el bus que les dejó en el centro de Palermo, y allí pararon un taxi que les llevó al hospital.

Giuseppe Caruana estaba consciente, compartiendo habitación con tres enfermos más. Parecía estar fuera de peligro. Cuando reconoció a su hijo esbozó una sonrisa asustada y desvalida y luego le lanzó una mirada desesperada. Hizo un gesto perentorio con la mano, como pidiendo un bolígrafo y un papel. La enfermera, acostumbra al lenguaje de los signos, se los proporcionó y cuando mostró a Ciro lo que había escrito, éste leyó: “Ella me mata”.

“Ella”, era Martina Calogero, que esperaba en el vestíbulo presa de los nervios. Según supo más tarde por unas notas que había escrito su padre antes del ataque con letra menuda y vacilante, habían quedado en Palermo, habían discutido, y su padre, que ya había tenido otros avisos, tardó más tiempo del que debía en dirigirse al hospital. Cuando lo hizo ya era demasiado tarde. Ciro prohibió terminantemente a Martina el ingreso a la habitación. La mujer, aceptó asustada. La gravedad de la situación no le dejaba otra alternativa. Era mejor para ella desaparecer.

–Es grave, su padre ya no se recuperará. El ictus ha obturado zonas importantes del cerebro– le informó el médico, consciente de la dureza del mensaje.

–Pero, ¿Va a morirse?

–Es posible que viva –dijo el médico curándose en salud–, pero si lo hace ya no volverá a hablar ni a andar.

El valle de los sueños perdidos

Permanecieron en Palermo un mes, esperando que don Giuseppe estuviera en condiciones de ser trasladado a Lampedusa. Rosanna se portó muy bien con el enfermo, pero Ciro se iba desmoronando a medida que pasaban los días. Atrapado entre la ausencia de su hijo Mauro y la posible desaparición de su padre, veía como la tierra se hundía bajo sus pies. Algunas noches soñaba con que su coche salía de la carretera y se precipitaba por el acantilado. Entonces se despertaba sudoroso en los brazos de Rosanna, en el modesto hotel donde se alojaban y hacían el amor, cada vez como si fuese la última.

Un mes entero estuvieron transitando por los reinos de Eros y Tanatos, cruzando una y otra vez las imprecisas fronteras que existen entre ambos, conscientes de que la cercanía de la muerte espoleaba el deseo de vivir. Y lo hacía mediante el más fuerte de todos los impulsos, el del sexo.

Hasta que un día, cuando llegaron a la habitación por la mañana, el enfermo ya no estaba.

–Ha sido lo mejor para él–, les dijo el doctor que sin duda sabía del sufrimiento humano. Ciro no estuvo de acuerdo, proyectando sobre el médico una mirada de resentimiento, que no era otro que el que sentía hacia sí mismo por no haber estado presente en el último adiós.

Trasladar el féretro a Lampedusa fue otro mal trago. Había que hacerlo por mar y la travesía en el trasbordador que aprovisiona la isla dura ocho horas. Por suerte no hubo mala mar y el barco partió y llegó puntualmente.

Al atracar en el Puerto Nuevo, media isla esperaba en el muelle. El sacristán abrió un maletín y ayudó a Don

Stefano Nastasi, el párroco, y a su ayudante, un cura de raza negra, a colocarse la sobrepelliza, la estola y los manipulos encima de la vesta talar. Con paso lento y grave precedieron al féretro, pronunciando oraciones por el eterno reposo del difunto, mientras subían por la Vía Cameroni en dirección a la iglesia.

Dos mujeres flanqueaban a la viuda de Giuseppe Caruana para mantenerla de pie. Detrás, formaba la mujer de Battista que se apoyaba en sus hijas, seguida de la de Ciro, rígida como una estaca, con cara de triunfo y el pequeño Mauro al lado, vestido de marinero. En la fila siguiente, el mismo Ciro rodeado de parientes y amigos, entre los que no faltaban Dino De Rubeis, con la banda tricolor cruzándole el pecho, y todos los concejales, incluida la mismísima Maravetano. También estaban Battista Maggiore, Salvatore Cappello, el tunecino Al Mansour, los Tuccio, los Lo Verde, los Rizzo, los La Rosa, los Bartolo, los Sanguedoce, los Amato, y detrás, un grupo nutrido y compacto en el que Rosanna, medio escondida entre la multitud, con la cabeza cubierta por un pañuelo, seguía la comitiva, comprendiendo que en la Sicilia profunda existen ciertas leyes que no se pueden ignorar, ni por supuesto, transgredir.

Una vez todo hubo acabado, Ciro cogió a Rosanna de la mano a la vista de los que aun no se habían retirado y subieron al Fiat Panda azul.

–Te enseñaré el cementerio de barcazas antes de recoger tu equipaje y llevarte al aeropuerto –anunció con gravedad–.

–En veinte años han llegado a la isla centenares de pateras, que son trituradas, y sus restos, amontonados, llenan el valle –le explicó mientras emprendían el camino–. Algunas, que esperan su turno, se recortan espléndidas sobre el cielo inmensamente luminoso. Con sus nombres escritos en árabe, se alzan desafiantes dispuestas a proclamar su origen y defender su dignidad hasta el último momento.

El coche subió con dificultad un camino lleno de piedras que, serpenteando por la colina, llegaba hasta una vasta explanada

rodeada de un cercado metálico. Ciro conducía nervioso, como deseando llegar lo antes posible.

Paró el coche y al bajar les envolvió un penetrante perfume. –Fíjate, ¿No hueles a romero? El maquis ha vuelto a florecer...

– En el valle de los sueños perdidos -susurró Rosanna con un tenue hilo de voz.

Corazones en paz

Pasó la primavera y pasó el verano. Ciro siguió con su recobrada libertad, sin olvidarse de responder un día tras otro los e-mails de Rosanna. El pequeño Mauro tuvo problemas al respirar y descubrieron que tenía un sople en el pulmón. Quedarse en la isla era peligroso y su madre vendió el “Barbarossa” al terminar la temporada y decidió trasladarse a Zurich.

Siempre decía a Rosanna que iría a verla, pero el tiempo pasó hasta que, a finales de Septiembre, Ciro conoció a otra chica. Se llamaba Katia. No tenía el atractivo de Rosanna, pero tampoco se trataba de hacer comparaciones. Los inviernos en Lampedusa son tremendamente duros y Ciro, que ya no podía ver siquiera a su hijo, aceptó la invitación de Katia para ir a su casa en las afueras de Milán, la ciudad donde trabajaba.

En el camino se detuvo en Verona para visitar a Rosanna. Intuyó enseguida que ella tenía otro hombre. Así y todo pasaron unos días juntos en el apartamento con terraza y vistas que les dejó una amiga. Allí dieron rienda suelta a todas sus fantasías. Antes de tomar distintas direcciones, un abrazo en la calle selló la que ambos sabían que era su última despedida pero, a diferencia de lo que sintieron en el cementerio de pateras, sus corazones estaban ahora en paz.

En los años que siguieron, Rosanna escribía cada año una carta por el aniversario de Ciro, que solía contestarle. Así supo algunas cosas de él. Sabía que estaba bien, y ésto era lo importante. Su afición al teatro la había llevado a escribir guiones para la televisión. En una de las cartas le confesó:

–Nuestras vidas se cruzaron un día como dos bolas de fuego y siguieron después caminos opuestos, pero el destino de ambos ya no pudo ser el mismo. Algún día, situada en otro tiempo y en otro lugar, nuestra historia saldrá en alguno de mis relatos y ya no tendrá fecha de caducidad, porque está hecha del material con que se forjan los sueños y entonces, una vez más, en el valle de las pateras, el maquis volverá a florecer.

Epílogo

El vacío de poder que siguió a la caída del régimen corrupto de Ben Alí el 14 de Enero de 2011, volvió a situar la minúscula isla en los teletipos de medio mundo. Apenas un mes más tarde, varios miles de emigrantes en busca de trabajo se amontonaban en sus muelles, famélicos y temblando de frío, atendidos en centros municipales y casas particulares, por docenas de voluntarios dirigidos por De Rubeis y Don Stefano, mientras el Gobierno ponía en marcha un lento operativo para trasladarlos al continente, y se abrían apresuradamente poblados de tiendas en Cortone, Bari o Caltanissetta para acogerlos.

A primeros de Abril, y cuando la guerra de Libia cambió todas las cartas del juego, la cifra de emigrantes superaba los veinte mil, de los que cinco mil permanecían en Lampedusa, hacinados en la que pasó a ser

conocida como “la colina de la vergüenza”.

Silvio Berlusconi hizo entonces lo que ningún primer ministro había hecho hasta ahora: se personó en la isla para asegurar que en un par de días, seis barcos se encargarían de llevar al continente a los emigrantes a medida que fuesen llegando. De Rubéis actuó de telonero, vestido como para una boda y con la banda tricolor cruzándole el pecho. Después, Berlusconi salió al estrado y explicó su plan, seguido de una retahíla de regalos para la isla como eran: un plan inmediato para limpiarla de basuras, inversiones en infraestructuras, una iniciativa para mejorar la imagen turística, carburante más barato para los pescadores, moratoria fiscal y un largo etcétera. Cuando ya parecía que la lotería había terminado, se sacó de la manga otros vistosos regalos para seducir a la audiencia y resarcirla de los perjuicios sufridos: pediría a la Comisión Europea que la isla sea declarada zona franca y solicitaría que le sea concedido el premio Nobel de la Paz.

Y llegó el conejo final: había visto en Internet una bonita casa en venta y pensaba comprarla, para convertirse en lampedusano. El gag fue aplaudido y cuando algunos de los asistentes le pidieron cosas como un hospital, una nueva escuela y trabajo para los jóvenes, aseguró que lo estudiaría todo con el máximo interés.

Unos días más tarde. El estado de la mar canceló los traslados al continente. Pero tampoco salían vuelos y allí el mar no era una excusa. No tardó mucho en saberse la verdad: y es que el Gobierno de Roma estaba teniendo enormes dificultades para convencer a las regiones y municipios a que albergasen a los recién llegados ya que aducían que se habían comprometido a acoger a refugiados llegados de Libia, pero no a emigrantes clandestinos procedentes de Túnez.

Durante unos días, la policía hizo la vista gorda y se repitieron las evasiones consentidas de algunos campamentos de tierra firme, de los que la “fuga de Lampedusa” había sido el precedente. Enseguida se probó de dar un permiso de residencia temporal para que los emigrantes –francófonos, no hay que olvidarlo–, pasasen a Francia para “visitar a familiares”. La tensión entre los gobiernos italiano y francés, ya tocada por la intervención de la OTAN en la guerra de Libia, fue subiendo de tono, mientras Berlusconi apelaba a sus compatriotas a la solidaridad con los emigrantes y visitaba al Ejecutivo tunecino para obtener el compromiso de controlar las salidas a cambio de promesas de ayuda económica.

Todo fue en vano, si no salían de Túnez lo harían de otro sitio. Al amanecer del seis de Abril, una barca procedente de Libia con 300 personas a bordo –eritreos, sudaneses, cameruneses, somalíes–, se enfrentó con mucho viento a olas de tres metros. Los socorristas italianos y un pesquero lograron salvar a 51 náufragos. Los demás fueron tragados por el mar. Y no sería la última vez.